

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

¡Señores!...

DON QUIJOTE, entusiasmado á fuer de buen monárquico con las fiestas que prepara Aguilera para la coronación de D. Alfonso XIII (q. D. g.) ha decidido—siempre con el permiso del señor fiscal—dedicar sus dos próximos números á los señores forasteros que amenazan venir estos días á Madrid.

El próximo número de DON QUIJOTE—que costará como siempre 15 céntimos, ni uno más, ni uno menos—irá profusamente ilustrado por nuestro *Don Hermógenes*, y publicará una

GUÍA DEL FORASTERO EN MADRID

Tan interesante, amena é instructiva como un discurso de Silvela.

En el número siguiente publicaremos una crítica verdad de

LOS FESTEJOS

Nuestros ilustres amigos Laserna y Arimón, han tenido la amabilidad de prestarnos—sólo para este número—sus acreditados «escalpelo».

Con que ya lo saben ustedes: quien quiera reírse, que compre los dos números próximos de DON QUIJOTE.

Y no le pesará.

EL 1.º DE MAYO

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Hay épocas en la vida de la humanidad en que la necesidad de una formidable sacudida, de un cataclismo que remueva la sociedad hasta en sus entrañas, se impone valerosamente.

En estas épocas todos los hombres de corazón están descontentos del orden de cosas existente; dicen que es preciso el que grandes acontecimientos vengán á romper el hilo de la Historia; arrojar á la humanidad de los caminos de corrupción y de rutina y lanzarla por vías nuevas á lo desconocido en busca del ideal.

Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga, no sólo á derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos por la astucia, la intriga y la mentira, sino también á agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estúpido, rehacer las costumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas del momento, el soplo vivificador de las nobles pasiones de los grandes entusiasmos, de los generosos ideales.

En esas épocas que la mendicidad ahoga toda inteligencia, si no se prosterne; que la moralidad mezquina del justo medio hace la ley y la bajeza reina victoriosa; en esas épocas, repetimos, la revolución es una imperiosa necesidad.

Los hombres honrados de toda la sociedad invocan la tempestad para que venga á purificar con su hálito de fuego la peste que todo lo invade, á limpiar el enmohecimiento que la roe todo, y arrastrar tras sí, en su furiosa marcha, los escombros del pasado erigidos en obstáculos, privándonos de aire y luz; para que de, en fin, al mundo entero alientos de vida, de juventud y honradez. No es sólo la cuestión del pan la que se impone en esas épocas, sino una cuestión del progreso, contra la inmovilidad; de desarrollo humano, contra el embrutecimiento; de la vida, contra la fétida estancación del pantano.

P. KROPOTKINE

LA PUNTILLA

Imaginate, Fabio amigo, que fueres carlista. ¿Que no te es posible formar imaginación tan extraña? Haz un esfuerzo, por tu vida. Quitá de tu cerebro todo lo que es menester quitar para apostar en el hueco la monarquía patrimonial. Pon en tu cerebro todo lo que es preciso poner para darse á entender que España pertenece de derecho á D. Carlos de Borbón. Y una vez hecha esta mudanza y trasiego en tu masa encefálica, hete transformado en hipótesis en un celoso y ardiente mantenedor de la santa causa del Chapa.

El ser carlista nada añade á tu condición de español. Es esta una de las más desatinadas pretensiones del tradicionalismo, que se imagina poseer la exclusiva del amor patrio sólo porque,

andando como el cangrejo, hacia atrás, nunca pierde de vista al pasado. Hay que convenir, no obstante, en que el patriotismo que consiste en creer que la patria pertenece á un hombre es un extraño patriotismo. Demoslo de barato y supongamos que la adhesión al Pretendiente en nada menos cabe ni merme tu cariño á la madre España.

Una obcecación parcial no implica necesariamente la completa ablación del buen sentido. Una adhesión mal colocada no supone por fuerza el extravío de los afectos. Por más que tengas la desgracia de ser carlista, tú eres, amigo Fabio, hombre de inteligencia y de corazón. En tal supuesto he aquí que llegan á tus oídos los rumores que circulan. El legitimismo se agita, tus correligionarios se preparan. Ante la perspectiva de una próxima guerra civil, he aquí, punto más punto menos, cuales son tus meditaciones.

Carlista soy de remate y deseo con vehemencia que venga D. Carlos á poner un término á la desenfrenada orgía del gárrulo liberalismo. Ciertamente que ya no ampara á nuestra causa el nimbo religioso. La Iglesia militante ya no milita por nosotros. Los representantes de la fe viven en el seno de la legalidad como el pez en el agua. Nunca nosotros les mimaríamos, les serviríamos, les atenderíamos como ahora se les atiende, sirve y mima. Es más; para alzarnos en armas lo primero que tenemos que hacer los carlistas es desobedecer abiertamente el mandato absoluto, terminante y reiterado del padre común de los fieles, del cabeza visible de la Iglesia, del sucesor de los Apóstoles y Vicario de Cristo en la tierra.

No importa. Aunque Dios se haya borrado de nuestro estandarte, yo sigo la enseña. Tan robusta es mi convicción política que sofoca en el fondo de mi conciencia mi fe religiosa. Soy carlista, no por la Iglesia, sino contra la Iglesia; no por el Papa, sino contra el Papa; no por Dios, sino contra Dios. Lo primero para mí es la legitimidad. España es una alquería que le quitaron á mi amo. Los españoles son un rebano que pertenece á mi señor. Por reintegrarle en sus derechos de propietario estoy dispuesto á dar mi sangre y verter la ajena. Todo menos consentir que D. Carlos no cobre su hacienda.

Lo único discutible es la ocasión. ¿Puede ser ésta más propicia? El liberalismo ha abortado. El desengaño del país es completo. Nadie ama ya esas libertades que para nada sirven. El fracaso del parlamentarismo no ha podido ser más ruidoso. El pueblo está harto, asqueado de la mentira representativa. Aquella revolución que vino al mundo como protesta contra la tiranía regia y feudal, ha engendrado aquí la tiranía ministerial y el feudalismo caciquil. No luchamos ya contra la libertad, sino contra una dominación despótica que no tiene siquiera en su favor la leal sinceridad ni el prestigio de la tradición. Los partidos están disueltos, las fuerzas políticas dislocadas, la nación y el Estado en ruina. Los elementos democráticos de la sociedad española están dando en las presentes circunstancias clara muestra de su impotencia. La opinión murió. La masa obrera deserta de las ideas y se va tras los intereses. Las gentes andan por ahí buscando con un candil alguien que les redima. La nación ha perdido la fe en sí misma. El despecho del vencimiento, la vergüenza de la derrota, exaltan los ánimos y procuran una primera materia apta para todas las turbulencias. Los recursos materiales están agotados. La bancarrota está en puerta; el hambre no lejano. El jesuitismo nos ha preparado admirablemente el terreno. El feudo de esta sociedad nos pertenece. No en balde se viene cultivando tantos años el microbio de la mojigatería en el caldo de lo existente. Por todo porvenir ofrécese á los españoles el reinado de un niño. Hubiéramos nosotros puestolo todo á nuestro gusto, y no lo habríamos hecho mejor.

Si la ocasión es excelente, única. Pero ¿cabe aprovecharla? ¿Es lícito? ¿Es patriótico? ¿Es honrado? ¿Qué vamos á dar nosotros á España antes ni después de nuestro triunfo? ¿Qué consuelo aportamos á su cuita? ¿Qué remedio traemos á sus males? ¿De qué suerte iremos á aliviar su inmenso infortunio? Ahógalala el peso abrumador de una deuda inmensa, y nosotros, vencidos ó triunfantes, vamos á aumentar esa deuda. No puede con los gastos de un personal militar desmedido, efecto de las guerras y nosotros, al día siguiente de la victoria, vamos á duplicar con los nuestros el número de jefes y oficiales. Las obligaciones eclesiásticas le son gravosas, y nosotros, si hemos de pagar ciertos servicios y acallar las cóleras del Papa, tenemos que aumentar en gran manera la carga de las obligaciones eclesiásticas. El presupuesto de clases pasivas es enorme y nosotros nos preparamos á hacer más viudas y más huérfanos. La agricultura carece de brazos y nosotros vamos á arrancar de sus hogares al agricultor. Toda una generación ha sido estérilmente sacrificada en las guerras coloniales y nosotros vamos á sacrificar la generación siguiente. La resurrección de la patria reclama el concurso de todos y nosotros traemos la discordia. Los problemas pendientes abrumen por su número y gravedad y nosotros vamos á suscitar de nuevo problemas ya resueltos. España necesita rehabilitarse en la opinión del mundo, y nosotros vamos á notificar al mundo que la demencia suicida de los españoles es incorregible.

Aun todo ello fuera poco sin el tremendo, sin el supremo riesgo que amaga hoy á la existencia misma de la patria. ¿Quién lo ignora? España está, como China, puesta en estudio por los grandes saltadores de pueblos. El cadáver de esta gran nación parece una presa fácil á los cuerpos del derecho de gentes. Nuestra impotencia, nuestra indefensión, han aguzado su apetito. Todas esas ambiciones buscan para saciarse sólo la sombra de un pretexto. ¿Y qué pretexto más plausible que el de la discordia civil originada al día siguiente de la catástrofe y mantenida á nombre de cosas que ya á los ojos de la Europa culta pertenecen á la arqueología? Comparado con el levantamiento carlista de ahora, la traición de San Carlos de la Rápita habría sido una nimiería. La guerra de África no ponía en cuestión la vida misma de la patria. El primer tiro que ahora se dispare, será ó no el anuncio de la conflagración europea, pero de cierto hiere en mitad del corazón á la madre España.

A eso yo no coopero. Podrá dolorme, como hombre de partido, el que ocasión tan propicia se desaproveche y se pierda. «Como patriota, jamás oficiaré con España de puntillero.» Esto pensarías tú, Fabio discreto, y te abstendrías de toda participación en una intentona que habría de ser, en las circunstancias actuales, el más negro de los delitos. No parece posible que ningún español quisiera oficiar en nuestros días de Don Opas sirviendo más ó menos conscientemente los designios del extranjero rapaz que espía el momento de caer sobre nosotros y despedazarnos. No habría locura semejante á esa locura; no habría crimen comparable con ese crimen. Quien tal hoy á sabiendas hiciera, merecería la pena de los parricidas.

ALFREDO CALDERÓN

LEY ETERNA

Murmuráis del marqués de Fuente Chica, descendiente de muchos potentados, persona alegre, gastadora y rica, que libre de quehaceres y cuidados de disgustos y penas, va derrochando el oro á manos llenas.

Para vuestro rencor halláis motivo en esa holganza del marqués, que viene á ser insulto vivo al que nada disfruta y nada tiene.

Y decís que es un crimen la existencia de tales caballeros que el jugo dulce de la vida exprimen, mientras miles de obreros jamás por el trabajo se redimen.

El, es verdad, reposa en colchones de plumas, y tira en las orgías grandes sumas con una esplendidez escandalosa; y en tanto, centenares de infelices, con mala ropa y alimento escaso, no tienen más alfombras y tapices que el quicio de un portón y el cielo raso.

Pero el noble marqués de Fuente Chica, jugador, holgazán y... majadero, á cuyas manos afluyó el dinero que juntó mucha gente avara y rica, tiene que ser así, loco, aturdido, manirroto, sin freno y sin prudencia, porque está, sin saberlo, poseído

del papel que le dió la Providencia.

Es preciso que en todos los momentos, en juegos, en caprichos y en orgías, lance á los cuatro vientos, los ahorros de un siglo en cuatro días; que derroche sin tino ni cuidado, y el oro á tanta costa amontonado, que en sus manos se funde por medio del crisol de los placeres, vuelva al fondo social, para que inunde fábricas, obradores y talleres. ¡Hay que hacerse la cuenta de que fuera peor si lo aumentara y ordenado burgués, se contentara con vivir guapamente de la renta!

Porque de ese otro modo que os parece pecado imperdonable, cuando él se muera pobre y miserable... la sociedad lo recupera todo!

SINESIO DELGADO

Amen ó el ilustre enfermo.

Será una casualidad, mas, así y todo, me escama... ¡Sagasta cae en la cama con mucha facilidad!

Entre relatos amenos dice la mitología que Júpiter disponía de la caja de los truenos.

Y Práxedes, que en las ciencias á Júpiter aventaja, tiene también una caja: ¡la caja de las dolencias!

De las dolencias dispone y de las dolencias vive; ¡já la cama se suscribe y hace lo que se propone!

Que hay un problema pendiente de difícil solución... ¡Echa mano de un flemon, y enferma inmediatamente!

Que se avecina un fracaso y no se encuentra el busilis... ¡Con un ataque de bilis sale en seguida del paso!

Que se siente grande un punto y á ser disidente empieza... ¡Con un dolor de cabeza ya está arreglado el asunto!

Que aparece un descontento que se las jura y que grita... ¡Pues á escape á la camita con un grave enfriamiento!

Que corren vientos de crisis ó se forma una conjura... ¡Ya se sabe! Calentura ó una leve parálisis.

Que la cosa mal se ve y algo grave se presiente... ¡Pues nada! ¡Inmediatamente se le rompe el peroné!

Si del peroné se alivia, ¡algún problema resuelve! Y si otro conflicto vuelve, ¡já que se rompe la tibia!

LA ALIMENTACION

El hombre necesita alimentarse para vivir; he aquí un pensamiento de la mayor novedad. Si nos remontamos á los tiempos prehistóricos, nos convencemos de que los hombres han comido siempre ó casi siempre.

Respecto á las mujeres podemos decir otro tanto.

Pero entre las hierbas al natural y los platos montados, nos encontramos con una escala gradual de alimentos verdaderamente asombrosa. Auguramos, los que damos superioridad al es-

DON QUIJOTE

DOS DE MAYO

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

LA FIERA PARLAMENTARIA



Canalejas, Canalejas,
Canalejas es un barbián.
¡Hay que ver a Canalejas
subido en su pedestal!

LOS NUESTROS



Pérez Galdós.



Aguilera.—¡Alegraros os manda
el gran preboste!



El burro del carlismo
Lée pero no se pronuncia.



El único héroe que nos ha quedado.
LA CUESTIÓN DE SUBSISTENCIAS

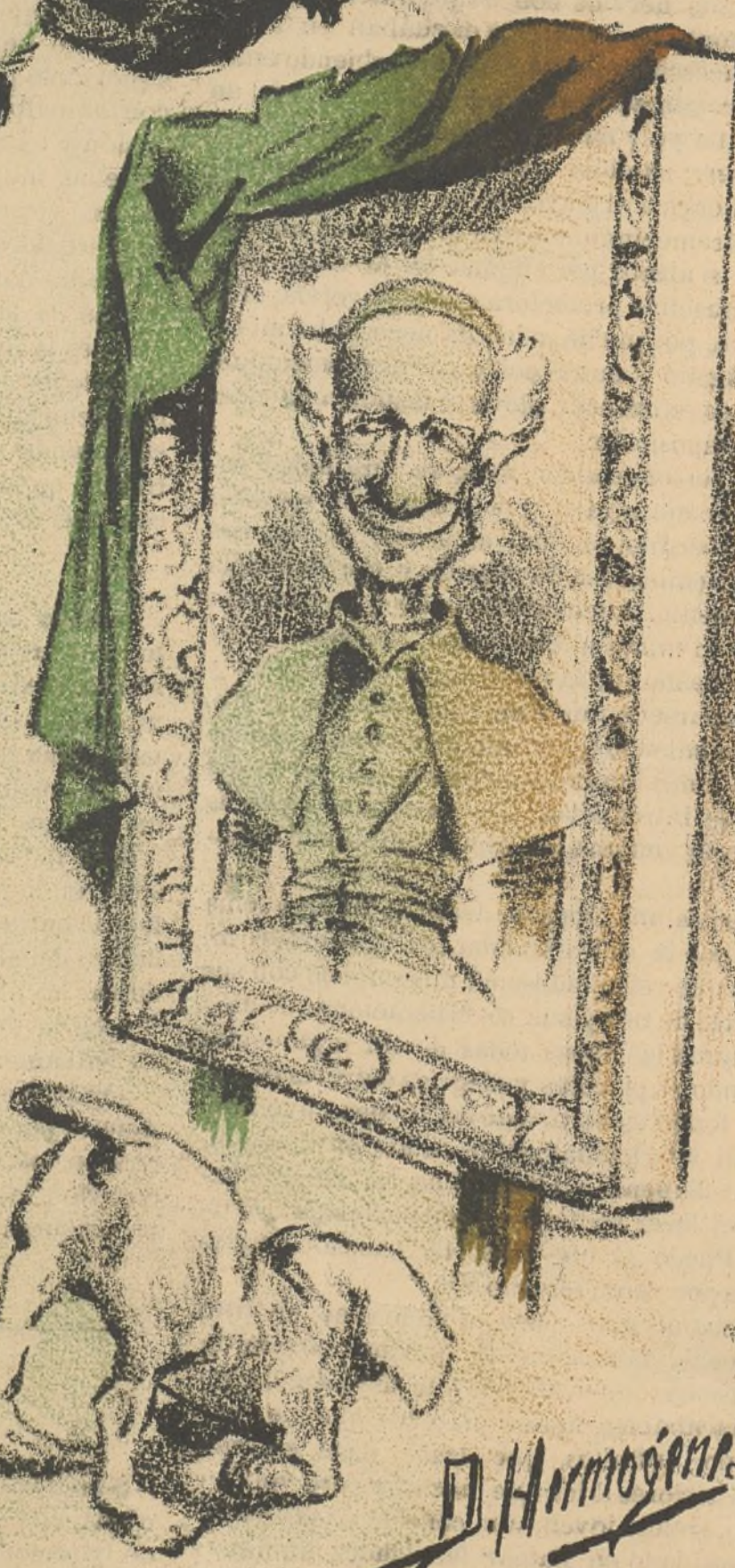


Don Práxedes.—Respetable público: Tengo el sentimiento de participar á ustedes que
se nos ha concluido los huevos, pero aún nos quedan bastantes gallinas.

ORACIÓN MINISTERIAL



—En tus manos, Señor, encomendamos la revisión del Concordato.



D. Hermosillos



Romero.—¡Vengan ministros á mí!

piritu sobre la materia, que el alimento espiritual es indispensable para la vida del alma; pero lo cierto es que el prójimo que se ha pasado tres días sin comer manda el alma á paseo, y lo primero que pide á Dios es un buen trozo de solomillo.

Y es que el hombre podía privarse de llevar alfiler en la corbata para adornarla; pero no de llevar algo en el estómago para entretenerse.

El ayuno involuntario produce resultados funestos, porque, así como la ociosidad, la de los aparatos digestivos es, por lo menos, madrina de muchos crímenes.

¿Quién negará que pueda conducir al patíbulo el deseo no satisfecho de unos percebes ó de una menestra?

Mediante el ayuno voluntario, el cuerpo enflaquece y el alma se nutre; más el hombre que no se alimenta sucumbe forzosamente, lo cual es consecuencia de la afirmación con que principian estos indigestos renglones, que, aunque parecen escritos en colaboración con Perogrullo, constituyen una interesantísima serie de disquisiciones filosóficas al alcance de todos los estómagos ilustrados y por ilustrar.

Nuestros primeros padres se alimentaban muy económicamente y vivían dichosos.

Esto no quiere decir que no tuviesen también sus caprichitos gastronómicos en sus célebres festines del paraíso.

Prueba de ello es la célebre camuesa, que vino á partirnos por el eje á todos los mortales, haciéndonos padecer no pocos trabajos, gastar dinero en bautizos y parir á nuestros hijos con dolor (el que los para).

De todos modos, el bueno de Adán jamás tuvo que pagar derechos de consumo por los artículos de primera necesidad, ni mucho menos por los de segunda, puesto que entonces no se estudiaban las segundas necesidades.

Más tarde, la civilización y el progreso han ido introduciendo gollerías en la alimentación de los hombres, pero con una lentitud considerable.

¿Querrán ustedes creer que en la Edad Media no se conocían aún los pasteles de *foie gras*? Verdad es que en este punto, para muchos mortales, continúa la Edad Media; porque hay quien no sabe con seguridad si el *foie gras* pertenece á las legumbres ó á los mariscos.

En los comestibles impera la moda, exactamente lo mismo que si se tratase de corbates ó de faldas.

Existen, sin embargo, manjares perpetuos.

Digalo sino esos que unos llaman puchero y otros la puchera; es decir, el cocido clásico, desde la rica mezcla de mantecosos garbanzos, abundante verdura, sabrosísimo chorizo, jugosa carne, tierna gallina y seculento jamón, hasta el miserable envoltorio de enmascarados pedigones, piltrafas vacunas y tocino encanijado.

Hay seres felices que están al tanto de las novedades gastronómicas que la moda va ofreciendo, las conocen prácticamente, y no leen noticia alguna con mayor interés que la referente al plato del día.

Pero todo tiene su compensación en el mundo. El pobre que sólo come *sota, caballo y rey* (como dice el vulgo), sabe constantemente cuál es su plato del día, y se evita el trabajo de enterarse por la prensa de lo que le corresponde comer.

Conozco yo una condesa que por cenar habichuelas estofadas y *petits pois anglais á la française* tuvo cierta noche un cólico franco español, que por poco le ocasiona un conflicto internacional en el estómago.

En fin, la moda del plato del día es para los pobres un mito y para los ricos un timo. Pero es un timo que honra á los que lo dan, por lo agradable que suele resultar á los que le reciben.

Las gentes de medio pelo, y aún muchas de pelo y medio, viven condenadas á sufrir las consecuencias de la adulteración de los comestibles baratos.

Algunos artículos se abaratan hasta ponerse al alcance de los bolsillos liliputienses. Con plantarles una marca rusa ó china, y decir que vienen del otro mundo en grandes cantidades, ya justifica el comerciante su aparente baratura: más tienen tanto de legítimos como tengo yo de tiple ligera.

Así vemos substancias alimenticias que cuestan en la friolera en la tienda y después un cólico en casa.

Pero, en cambio, cuando los géneros se pagan bien... suele suceder lo mismo.

Hoy se falsifica todo y se imita hasta lo inimitable.

Esto no quiere decir que se hayan concluido para siempre los artículos de buena calidad.

Pero lo cierto es que hoy se venden por ahí besugos artificiales.

Y batatas con erisipela.

Y truchas de mentirijillas, forradas con talco jaspeado.

Y ciruelas pasas que no son pasas ni ciruelas.

Y otras en mediano uso.

Y latas con pimientos riojanos hechos á máquina.

Y queso de Rochefort con gusanos contratados.

Y embutidos de lomo de patrona.

Y otras mil atrocidades por el estilo.

No es floja la que se desprende de cierta revelación misteriosa que hizo un comerciante á otro.

—¿Te acuerdas—le dijo—de la alfombra de moqueta que teníamos en la sala? Pues bien: con media arroba de aceite, otra media de vinagre y aquella alfombra reducida á muchos y bien disfrazados trozos, me han salido cincuenta latas de lenguado en escabeche.

¡Y luego extrañarán que haya quien muera de *alfombrilla*!

Lo que yo extraño es que sea tan crecido el número de las personas que vivimos de milagro.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LOS NIÑOS ABANDONADOS

¡Pobres niños que brotan en la vida,

como brotan las flores en la selva,

sin saber cómo brotan y sin ramas

que con sus hojas cubran su belleza!

Amadlos. ¿Son culpables esos lirios

de nacer del estéril suelo de la tierra?

Nutridos del rocío de las lágrimas

sus corazones lloran la tristeza:

si no murieran en su yerta aurora,

para siempre serían flores yertas

En sus cálidos blancos tienen almas

hinchidas de sus vivas esencias;

y solos como van, siempre sonríen

sin soñar en miradas ni en ternezas.

Con sus ojos nostálgicos parecen

adivinar que vienen á la tierra

á morir en el olvido, cual las flores

que brotan en el fondo de la selva.

Su destino es secarse cuando ríe

el sol de la amorosa primavera,

ser nota negra y fría en la alborada,

doliente inspección de los poetas,

nieve en los hondos valles florecidos,

héroes de melancólicas leyendas;

nacen para formar el lado oscuro

del mundo, fatal de la existencia.

Yo no sé si tarde de la muerte

renacerán cantando en una estrella,

mas, al llegar las noches de Diciembre,

sus carneitas sin calor se hielan,

y se mueren soñando con los lobos

que tienen una madre que les quiera.

JUAN R. JIMÉNEZ

CASI MONOLOGO

Estábamos solos. Ella frente de mí, provocadora, incitante, brindándome en silencio sus espléndidos dones; su perfume, que hacía estremecerse mis nervios con avarienta voluptuosidad; sus tonos de color que excitaban en mí el ansia de acercarme, los labios de ir absorbiendo entre pausas, prolongadoras del deleite, la esencia de su vida, que yo y nada más que yo, tenía derecho á poseer; su alma, que en su parentaba bullidora y enérgica al través de los múltiples y artísticos estremecimientos que la agitaban cuando mi mano se alzaba por encima de la mesa para tocar la muselina protectora que la envolvía; toda ella, en fin, porque de toda ella necesitaba mi espíritu fatigado y entristecido por esta lucha que, llamándose existencia, eleva el fastidio á la categoría de imposición.

No era posible resistir más; su virginidad esplendorosa me atraía, y á trueque de merecer fama de libertino, extendí el brazo, la ceñí con mi mano temblorosa de deseos, y oprimiéndola cariñosamente, la levanté del sitio que ocupaba con lentitud mimosa, elevándola despacio, muy despacio, hasta que la puse cerca de mi boca y dejé extasiarse la mirada en sus matices de oro, sobre los cuales se quebraban, descomponiéndose en mil y mil luminosas facetas, los rayos del sol que se introducían de contrabando por la entreabierta ventana de aquel cuartucho miserable.

Porque era una copa de Jerez, lo que yo tenía en la mano, la que excitaba los apetitos de mi carne, la que reflejándose en mis pupilas con sus cambiantes de oro y sus reverberaciones de ámbar, excitaba las fibras todas de mi organismo, anunciándoles placeres y alegrías entrevistos por mí en el fondo transparente de la copa cuyo limpio cristal acariciaba con los dedos Mi corazón, henchido de penas, hallábase necesitado de venturas, y el Jerez podía proporcionármelas. ¿Artificiales? Puede; ¿y qué importa? ¿Acaso las que tomamos por verdaderas lo son?

Eso dicen algunos, pero yo no lo creo; he visto desvanecerse tantas dichas que me ofrecieron como eternas, tantos afectos que me aseguraron como inacabables, tantos placeres que me vendieron por infinitos, que desde hace algunos años, posteriores á los que necesité para volverme viejo, siendo joven aún, considero todo cuanto se ha dado en llamar felicidades humanas como una embriaguez que perturba un instante

y se aleja en seguida sin marcar otras huellas de su paso que las amarguras del recuerdo. Entre ellas y las que el vino proporciona, ¿qué diferencia existe? ¡Ninguna! Borracheras son éstas, borracheras son también aquéllas; cuando terminan las segundas, dejan mal gusto en el paladar; cuando concluyen las primeras, imprimen un dejo amargo en el alma; he aquí lo que resta. Sedimentos alcohólicos en el estómago, memorias dolorosas en el cerebro; esto es todo, con una diferencia: de una borrachera sola no queda rastro; un desengaño lo graba tan hondo que no puede borrarse nunca.

Yo estaba muy triste ya lo dije antes; pero las repeticiones son tan naturales cuando se trata del Jerez, que bien pueden permitirse á mí las que cometa en este artículo. Estaba muy triste y éramé preciso disipar la tristeza con aquel líquido delicioso, que á semejanza de la Eucaristía (permítaseme la irreverencia), da vida al cuerpo y salud al alma, si le conviene.

Acerqué, pues, la copa á mis labios y fui vaciando su contenido con premeditada pereza, afanoso de que mi paladar lo saborease íntegro, sin desperdiciar nada absolutamente, y así fué pasando el Jerez por mi garganta codiciosa, extendiéndose luego por mis venas, avivando mi sangre, sacudiendo mis nervios y elevando á mi cerebro sus locos vapores para ofrecerle un panorama digno por su belleza de producir envidia y afán de imitarlo al más célebre paisajista que maneje pinceles en el mundo.

Como evocada por el conjuro mágico de una hechicero, surgió de entre aquellos vapores que danzaban por el interior de mi cabeza la imagen hermosa de Andalucía, con su cielo de tonos fuertes iluminado por un sol ardiente y testarudo; con sus campiñas verdes, esmaltadas de troncos morenos y de arenas rojizas; con sus ríos que se deslizan entre cañas y juncos, más que sacudidos, acariciados por un viento juguetón y cobarde; con sus altas montañas á cuyas faldas se abren las tiernas y olorosas flores del naranjo, mientras sobre su cima se extiende y brilla la regadera blanca de perpetuas nieves; con sus pájaros, que cantan sobre las frondosas ramas de los árboles, y con sus hombres, que entonan sus penas á los acordes melancólicos de la guitarra; con sus rosas, con sus clavos, con sus jazmines y con sus violetas que adornan y perfuman aquellos pensiles sin término ni orden, y con sus mujeres, cubiertas por vestidos de vivos colores, pálidas, soñadoras y voluptuosas, que enamoran con el resplandor sombrío de sus pupilas y seducen con el pliegue lascivo de sus labios cuando sonríen.

Todo esto apareció delante de mis ojos; abocetado por una copa de Jerez, hubo un momento breve, y con esto excuso decir que feliz, durante el cual olvidé mis penas, mis angustias, el ansia infinita que consume y mata á cuantos vivimos la vida de la inteligencia en Madrid, para gozar de todos aquellos placeres y recorrer con el pensamiento aquellos campos llenos de aroma y aquel cielo plétórico de luz, para recrear mi oído con aquellos cantares henchidos de poesía y de pasión y extasiarme con las poéticas figuras de aquellas mujeres, construidas expreso para el placer, vírgenes soñadas por los poetas árabes y convertidas en realidad por la bondadosa y pródiga madre naturaleza.

Tras de la primera copa vino la segunda, y después la tercera, y luego otra y otra, hasta que rendido mi cuerpo, atargado mi pensamiento y deshecho mi espíritu, caí de bruces sobre la mesa, empujando con mi caída la copa vacía, que se rompió en varios y desiguales pedazos al chocar contra el suelo desnudo de la estancia.

Cuando desperté estaba solo; la melancólica luz del crepúsculo penetraba por la ventana á medio cerrar; de tantas encantadoras imágenes no restaba más que un vaso roto, una botella vacía, una mesa desequilibrada y una pared llena de costurones y remiendos como la cara de un viejo.

¿Qué fué aquello? Una borrachera para los que sólo ven la parte exterior de los sucesos; una defensa contra el destino para los que saben mirar dentro del alma; un poco de alegría con que endulzar las amarguras de mi existencia.

Alegria desaparecida, es cierto, pero que me es sumamente fácil resucitar.

¡Ojalá fuera tan fácil resucitar otras que han muerto para siempre y que hieren mi corazón con su memoria, como hirieron mi mano al recogerlos, los cristales de la copa, donde brillaban pocas horas antes los dorados matices del Jerez!

JOAQUÍN DICENTA

LIBROS

Sólo con citar los títulos de las últimas cuatro obras que acaba de remitirnos la casa editorial de Barcelona Lezcano y Compañía, tendríamos hecho el elogio de los libros en cuestión; nos per-

mitiremos sin embargo algunas consideraciones breves, resumen del juicio que nos ha inspirado su lectura.

LOS PARIAS de Máximo Gorki.—Entre los escritores con que cuenta Rusia, ha logrado elevarse de tal modo Gorki, que no sólo ha adquirido justa fama entre los suyos; en todas las naciones cultas se leen hoy sus notabilísimos trabajos con delectación. Los PARIAS, más que colección de cuentos, resulta maravilloso conjunto de escenas, de cuadros reales, y son en el volumen que los contiene, páginas vividas.

En LOS PARIAS se reflejan los vicios de las clases ínfimas, en cuyo fondo no dejan de subsistir latentes algunos gérmenes de virtud.

EL BAZAR DEL ADULTERIO ¿PECADORAS? por J. F. Luján.—No menos aplausos merece esta novela.

En ¿PECADORAS? no hay trama burda de adulterios inverosímiles, de esos adulterios que describen los autores de novelones insustanciales y que son ciertamente calamitosos para la moral.

La novela ha merecido plácemes de la crítica. Luján es uno de los escritores jóvenes que tiene ya en su abono una labor constante como crítico y como escritor, y está llamado á conseguir un puesto importante en la literatura.

TALEGAS Y PERGAMINOS por J. Sandeau.—El nombre de Sandeau nos excusa de hacer un propio examen. Como en todas sus obras, palpita en esta un interés tal, que hace que el lector se aficione á su lectura. Se ridiculiza admirablemente al noble degenerado y al endiosado plebeyo. Es notable el dibujo de un socialista que en cuanto se enriquece, da al traste con todas sus teorías igualatorias, y la pintura del marqués arruinado que se vende á las talegas y cae luego en los extremos más viciosos del orgullo.

MALDITAS SEAN LAS MUJERES, por Ibo Alfaro.—Esta obra, por la época en que se escribió, es de corte rabiosamente romántico.

El editor Sr. Lezcano, es digno de las más calurosas felicitaciones por su labor; puesto que va proporcionando á la bibliografía con expansivo criterio, obras de todas las escuelas, y nombres de autores consagrados unos, y otros en el período de lucha aún. Las obras están encuadradas con elegantísimas cubiertas, algunas en pergamino.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Número obligado de los festejos de Mayo: visitar el gran establecimiento de muebles de A. Vallejo, Alcalá, 17.

¡Forasteros! ¡No olvidar que el mejor vino de mesa es el *Vino Valgarón*! De venta, *Caballero de Gracia*, 56, *Bodega del Jalón*.

Indígenas que venís á Madrid á las fiestas de Mayo, oid mi consejo: ¡Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13!

Consejos médicos. Aperitivo: una copita de *Anís del Mono*. Digestivo: otra copita de *Anís del Mono*. ¡Y á vivir, que la vida es amplia y enorme!

LA INGLESA

Montera, 35, (Pasaje del Comercio.) Es un verdadero museo de curiosidades artísticas. Tarjetas postales ilustradas, fotografías de mujeres hermosas, libros alegres, preservativos higiénicos... ¡La mar y sus barcos!

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sueursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.